



PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO

DISCURSO DEL PRESIDENTE NACIONAL DEL P.D.C.

SENADOR DON EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

SEMINARIO

"HACIA UN DESARROLLO SOLIDARIO
PARA SUPERAR LA POBREZA EN CHILE"

Santiago, 21 y 22 de Agosto de 1992.-

POR UN CHILE MODERNO Y SOLIDARIO

El propósito de este seminario es generar, al interior de nuestro partido, un diálogo amplio y fecundo en torno al gran desafío de superar la pobreza en nuestro país.

Sin pretender ninguna exclusividad u originalidad, aspiramos a que nuestra reflexión se constituya en una contribución efectiva a un debate nacional que aparece como ineludible e impostergable.

Lo hacemos en un momento muy especial, de honda significación espiritual y social, para nuestro partido y para nuestro país: conmemoramos el cuadragésimo aniversario de la muerte del Padre Hurtado, símbolo imperecedero del amor y de la solidaridad hacia los más desamparados de nuestra tierra.

La obra del Padre Hurtado se resiste a la rememoranza nostálgica, al recuerdo fragmentario y difuso de un testimonio perdido en el tiempo. Se trata, más bien, de una presencia viva cuyo testimonio y mensaje nos conmueve, nos interpela y nos llama a la acción.

Actuar bajo la inspiración del Padre Hurtado, implica volcarnos hacia los rostros concretos de la pobreza en nuestro país:

- rostros de mendigos que aún deambulan por las calles;
- de niños desamparados que carecen de afecto;
- de jóvenes cuyo espacio vital siguen siendo las esquinas;
- de cesantes que sufren la indignidad y frustración de la ausencia de un empleo;
- rostros de trabajadores que aún carecen de un sustento digno;
- de mujeres que deben asumir la responsabilidad de dirigir el hogar y velar por el sustento familiar;
- de pobladores que viven de allegados y aspiran a una vivienda digna;
- también de sectores medios empobrecidos que esconden su propia miseria de mil maneras;
- rostros de trabajadores del campo que sufren la pobreza rural, no menos dramática que la urbana;
- de jubilados que reciben pensiones que aún son insuficientes;
- de trabajadores de la educación y la salud, y de funcionarios públicos que aún viven en condiciones de pobreza;

En fin, de tantos chilenos que, a pesar de los enormes avances en estos dos años y medio de Gobierno, todavía no perciben en su realidad concreta los frutos y beneficios del progreso.

Es de estos rostros, los rostros concretos de la pobreza, de los que tenemos que hacernos cargo. Es a ellos a los que el Padre Hurtado dedicó su propio esfuerzo, hasta agotar sus energías y entregar su vida. Que su testimonio y ejemplo inspire nuestra propia reflexión y, sobretodo, nuestra acción dirigida a crear un país con rostro humano.

La tarea que nos proponemos tiene lugar en un momento muy fecundo de nuestra vida nacional: avanzamos con paso decidido hacia una auténtica reconciliación; se nos mira con respeto y admiración en el exterior; nuestra economía es sólida y vigorosa, y el gasto social ha aumentado en términos significativos, para hacer frente a la enorme deuda social que heredamos como Gobierno. Todo ello, en un clima de amplios consensos, de respeto mutuo, de continúa democratización de nuestras estructuras políticas y de vigencia del derecho y de las libertades fundamentales.

Basta contrastar esta realidad indesmentible con la situación por la que atraviesan tantos países del Tercer Mundo, para valorar los logros alcanzados y ser optimistas acerca del futuro.

Hoy estamos aquí para hacer una gran afirmación de fe en Chile y su futuro. A partir de los tremendos logros ya alcanzados por el Gobierno de la Concertación, en esta y otras direcciones, nos proponemos hacer de dicho objetivo el signo más distintivo del

próximo Gobierno de la Concertación, en el contexto de un compromiso nacional en favor de la erradicación de la pobreza.

Esto último significa, como cuestión previa, reconocer el punto de partida desde el cual iniciamos este esfuerzo.

En efecto, al asumir el actual Gobierno de la Concertación nos tuvimos que hacer cargo de una realidad marcada por graves desigualdades sociales. Es así, tal como lo ha recordado en un artículo reciente Carlos Massad, que mientras en 1968 un 20 por ciento de la población vivía bajo los niveles de pobreza, en 1988 un 44 por ciento de los chilenos vivía en esa condición (5 millones de pobres). Lo anterior significa que en el lapso de 20 años, la pobreza más que se duplicó en Chile.

En estos dos años y medio, junto con las enormes tareas y esfuerzos que ha debido asumir el Gobierno de la Concertación, bajo la conducción del Presidente Aylwin, se pueden exhibir logros también significativos en la lucha contra la pobreza. Baste con señalar, a este respecto, que durante 1992 el gasto público social alcanzará a casi \$ 5.200 millones de dólares, lo que representa un aumento real de más de un 30 por ciento, cuando se le compara con los niveles existentes en Marzo de 1990.

En síntesis, digamos que, en relación al tema que nos convoca, el logro más significativo de este Gobierno consiste nada menos que en haber revertido la tendencia anterior, avanzando hacia una distribución más equitativa de la riqueza. Una clara demostración de lo anterior son las cifras más recientes sobre distribución del ingreso. Ellas demuestran que, mientras el 20 por ciento correspondiente a los sectores de más altos ingresos, disminuyó su participación en el ingreso total, de un 59,5 por ciento en 1989, a un 54,7 por ciento en 1991, el 80 por ciento restante, correspondiente a los sectores medios y populares, aumentó su participación en el ingreso total en el mismo período de tiempo.

Ello ha sido el producto de una opción muy concreta, que hemos denominado de crecimiento con equidad y de unas políticas económicas y sociales que han permitido ir avanzando, gradual y sostenidamente, en la doble dirección del crecimiento económico y la justicia social.

Lo anterior implica que el mejor servicio que podemos hacer al país es perseverar en esta línea de crecimiento con equidad, en una perspectiva, tal cuál lo he señalado en días anteriores, de continuidad y profundización con la enorme obra realizadora del actual Gobierno.

Sin embargo, también tenemos que decir que la magnitud de la pobreza es tal, que excede con creces los muy significativos logros hasta ahora alcanzados.

No podemos menos que reconocer que hay una gran cantidad de compatriotas que aún no perciben los beneficios asociados al progreso. Los evidentes logros económicos que el país exhibe y que son la base y premisa fundamental de cualquier política contra la pobreza, no han sabido traducirse, en la magnitud y velocidad que todos quisiéramos, en beneficios que puedan ser claramente percibidos por la inmensa mayoría de los chilenos.

No puedo dejar de compartir con ustedes, en esta oportunidad, la tremenda angustia e impotencia que he sentido al recorrer el país y acercarme a las personas, especialmente a los más pobres, en su realidad concreta.

La miseria es la realidad cotidiana de cientos de miles de familias chilenas y esa realidad no puede ser ignorada. Es una realidad que nos interpela y, sobretodo, nos llama a la acción.

La lucha contra la pobreza debe convertirse en el objetivo número uno del próximo Gobierno de la Concertación. Dicho objetivo es un imperativo ético a la vez que una exigencia de justicia. Por lo mismo, debe traducirse en una acción eficaz. Es también una

condición de estabilidad política y paz social. No habrá una verdadera consolidación democrática en nuestro país ni no somos capaces de hacer todo lo que esté en nuestro poder para derrotar la pobreza.

La tarea que nos proponemos excede con creces lo que este, el próximo o cualquier otro Gobierno puede llegar a realizar. Se trata, por tanto, de una tarea nacional que requiere del compromiso del conjunto de la sociedad chilena. Debemos mancomunar los esfuerzos del sector público y el sector privado, de gobierno y oposición, de empresarios y trabajadores, de civiles y militares, del Ejecutivo y el Parlamento y del conjunto de instituciones de la vida nacional, para hacer realidad esta aspiración tan ampliamente sentida por los más diversos sectores.

Permítanme, en este sentido, señalar al menos cuatro elementos que debemos tener en cuenta en este compromiso nacional en favor de la erradicación de la pobreza:

1. Asumir las transformaciones de la economía mundial. No es necesario entrar a detallar los profundos cambios que han operado en la economía mundial, especialmente en la última década y media, los que apuntan especialmente en una dirección de internacionalización o globalización de la economía.

Deseo simplemente señalar que, frente a dichos cambios, hay dos actitudes posibles: la de quienes perciben dichas transformaciones como una amenaza, lo que conduce a una actitud defensiva y la de quienes perciben esos cambios como una verdadera oportunidad, lo que conduce a aceptar el desafío y sumarse a un proceso de insospechadas proyecciones.

Para un país como el nuestro, en que más de un tercio de su producto corresponde a las exportaciones, esta última opción resulta ineludible. Ello implica un claro compromiso con la apertura externa y un esfuerzo nacional por profundizar la inserción económica internacional de nuestro país.

Lo anterior significa incorporar y desarrollar nuevas tecnologías y comprometernos muy a fondo con un sistema educacional y una capacitación de la mano de obra que nos permita enfrentar dicho proceso desde una posición sólida, a la vez que avanzar significativamente en términos de productividad y competitividad, todo lo cual requiere de una acción perfectamente concertada entre el sector público y el sector privado.

Cerrar nuestra economía y caer en la tentación del proteccionismo es ahondar los niveles de pobreza. Procurar, en cambio, una nueva inserción internacional, cualitativamente superior a la

existente, es un requisito para luchar con eficiencia y eficacia en la superación de la pobreza.

Lo anterior también requiere, según lo indica la experiencia reciente de los países más exitosos, de un nuevo tipo de relación laboral al interior de la empresa. La valoración del trabajo y de la creatividad de los trabajadores aparece, hoy por hoy, no sólo como una exigencia de justicia sino también de eficacia.

Junto con una legislación laboral adecuada, lo anterior requiere de un verdadero cambio de mentalidad de los distintos actores involucrados en el proceso productivo. No puedo dejar de señalar, a este respecto, mi preocupación por la actitud de algunos que no parecieran entender que el desafío de productividad y competitividad, en el marco de una economía abierta, requiere de unas nuevas relaciones laborales al interior de la empresa, que privilegien por sobre todas las cosas la cooperación y la creatividad entre todos quiénes se desempeñan en su interior.

2. Un claro compromiso con el crecimiento económico. El fracaso del populismo en América Latina reside en su pretensión de querer pagar la deuda social "matando la gallina de los huevos de oro"; es decir, comprometiendo las bases del crecimiento

económico. El populismo, con su énfasis unilateral en la distribución y el neo-liberalismo, con su énfasis unilateral en el crecimiento, han fracasado en América Latina una y otra vez como soluciones a la pobreza. Sólo conciliando crecimiento con equidad seremos eficaces en la lucha contra esta última.

Lo anterior requiere, como opción básica, de un claro compromiso con el crecimiento económico. Avanzar simultáneamente en la dirección de un alto crecimiento, una baja inflación y un bajo desempleo es un requisito indispensable de eficacia, a la vez que de equidad, en la lucha contra la pobreza.

En este sentido, el actual desempeño de nuestra economía resulta francamente alentador y constituye un elemento fundamental en la lucha contra este flagelo. En efecto, un crecimiento económico que se empina por sobre el 7 por ciento para 1992, una inflación que se reduce a una cifra cercana al 13 por ciento y la creación de 220.000 empleos en el último año, es una realidad sólida que debe ser mantenida y profundizada en una perspectiva de futuro.

3. Velar por el rol subsidiario y solidario del Estado. Lo decimos sin complejos: los demócratacristianos tenemos una visión positiva del Estado, en cuanto agente del bien común.

Sólo una visión en extremo dogmática y a-histórica puede desconocer el rol fundamental que está llamado a jugar en el desarrollo de las naciones. Junto con su función reguladora, la que se hace especialmente necesaria en una economía como la nuestra, en que el mercado juega un papel central, el Estado está llamado a desempeñar un papel activo en términos de las políticas sociales llamadas a combatir la pobreza.

Sin desconocer su rol subsidiario, que implica asignar al sector privado el papel fundamental en términos de la actividad productiva, debemos reconocer el rol solidario que el Estado está llamado a desempeñar, lo que implica asignarle una función activa en la lucha contra la pobreza.

Esto último conlleva la necesidad de dotarlo de los recursos financieros, humanos e institucionales para desempeñar de manera eficiente y eficaz su propia función.

Lejos, pues, de postular un Estado en retirada, debemos perfeccionar y fortalecer las políticas públicas, sin perjuicio de la necesaria modernización del aparato estatal, tal como lo hemos señalado en nuestra jornada programática reciente, con miras al próximo período presidencial.

4. Avanzar hacia una sociedad solidaria. Digamos de los elementos anteriores que son condiciones necesarias pero no suficientes de una política destinada a erradicar la pobreza.

Avanzar hacia una sociedad solidaria fue uno de los grandes compromisos que adquirimos en el Cuarto Congreso del PDC. Tal vez no haya otro valor que sea más característico de nuestro partido y nuestros ideales de siempre, que la solidaridad. Junto con ello, afirmamos que ni el mercado ni el Estado pueden llegar a sustituir el esfuerzo de la propia sociedad.

Así como creemos en la posibilidad y la necesidad de conciliar crecimiento con equidad, así también creemos posible y necesario conciliar modernización con solidaridad. Este seminario debería avanzar ideas y proposiciones concretas que hagan realidad esta aspiración tan nuestra y, por lo demás, tan ampliamente compartida por amplios sectores de la vida nacional.

El punto no es sólo si estamos dispuestos o no a dotar al Estado de los recursos necesarios para cumplir con su función social, incluida la lucha frontal contra la pobreza. El punto es, más bien, si la sociedad chilena está dispuesta o no a asumir este compromiso; es decir, si está dispuesta o no a hacer todos aquellos esfuerzos que sean necesarios para alcanzar dicho objetivo. Aquello resultará de esto último.

Debemos, pues, crear las condiciones para que la sociedad chilena desarrolle sus propias potencialidades y pueda volcarse de manera eficaz en la lucha contra la pobreza.

Quisiera aprovechar esta oportunidad, a propósito de este punto, para hacer un llamado muy sincero a una vida más austera.

Ampliar el acceso a los bienes de consumo, haciéndolo extensivo a las grandes mayorías nacionales, es también un imperativo ético, a la vez que redundante en un mayor dinamismo económico.

Sin embargo, si la sociedad misma no adquiere conciencia de las grandes desigualdades sociales que aún subsisten, será difícil avanzar en la dirección que se ha señalado como deseable. Más aún, en ese contexto la ostentación de unos pocos se puede convertir en una provocación para los que nada tienen.

Hemos contribuido de manera significativa a detener la espiral de violencia que amenazaba con destruirnos como nación, separándonos en dos bandos irreconciliables. De la misma manera, debemos evitar la espiral del consumo que amenaza con trivializar nuestra vida, a la vez que sumirnos en una vorágine materialista que va produciendo un grave desquiciamiento moral y social.

Muy queridos amigos y amigas: este seminario no debe transformarse en un simple ejercicio académico. Los pobres de Chile quieren vernos en acción, lo que significa respuestas concretas a sus necesidades y demandas más apremiantes.

A decir verdad, el tema que nos convoca en este seminario es el que le da sentido a nuestra acción política, pues, ¿que otro sentido puede tener la actividad política en un país como el nuestro, como no sea volcar toda nuestra inteligencia, toda nuestra creatividad, toda nuestra voluntad en la dirección de la erradicación de la pobreza y la dignificación de los hombres y mujeres que habitan esta tierra?

Los invito, pues, a que de este seminario puedan salir ideas, proposiciones y líneas de acción que nos permitan avanzar en esta noble tarea que nos hemos propuesto.

Ello, sin perjuicio y en el marco del trabajo de elaboración programática que estamos llevando a cabo y que aspira a ser una contribución de los demócrata-cristianos a la Concertación y al país entero.

Como sabemos, ya hemos realizado dos seminarios, el primero sobre el tema del medio ambiente y el segundo sobre la familia, los que serán publicados como libros en los próximos días. En este

tercer seminario hemos decidido abordar el tema de la pobreza que, insisto, debemos convertir en el objetivo número uno del próximo Gobierno de la Concertación.

Más adelante realizaremos un seminario sobre la descentralización y regionalización y otro sobre el tema de la cultura; ello, sin perjuicio del trabajo de elaboración programática sobre el tema de la juventud, que actualmente llevan adelante los propios jóvenes del partido, en una actitud de apertura a amplios sectores de la vida nacional, tal como ha sido el espíritu de todos estos seminarios, incluido el que ahora inauguramos.

Así creemos estar contribuyendo a una discusión sustantiva que, a partir de los enormes logros y avances del actual Gobierno, permita darle proyección a este esfuerzo en una perspectiva de mediano y largo plazo.

Muchas Gracias.

EDUARDO FREI RUIZ-TAGLE

Santiago, 21 de Agosto de 1992